

## CLÁSICOS GEOPOLÍTICOS

# Los fundamentos geográficos de la política exterior\*

Karl HAUSHOFER

### RESUMEN

La política exterior está vinculada al espacio vital del Estado, en el que éste se ha desarrollado, y es su primer deber mantenerlo y agrandarlo si cabe. Al mismo tiempo, en el interior del Estado se tiene que definir una política que preserve la capacidad de bastarse por sí mismo (autarquía). La presión demográfica en Alemania y Japón aboca necesariamente a estos Estados a aumentar su espacio vital, en contraste con la gran disponibilidad de espacio de las viejas y nuevas potencias coloniales; por este motivo, una política exterior alemana inteligente debería buscar una alianza con Japón —sin desechar otra con Rusia—. Las tendencias centrífugas en Alemania se asocian a diferentes experiencias de espacio vital en sus partes componentes, que hacen minusvalorar a algunos de sus dirigentes las pérdidas territoriales acaecidas tras la Primera Guerra Mundial. La geopolítica debe de ser, ante todo, una herramienta para construir una política exterior eficaz, que ha de ser transmitida al pueblo para afianzar la construcción del Estado.

**Palabras clave:** Alemania; espacio vital; sentido del espacio; Tercer Reich; alianzas exteriores.

## The geographic bases of foreign policy

### ABSTRACT

Foreign policy is linked to the vital space of the State, wherein it has developed; the first duty of the State being its maintenance and expansion if possible. Simultaneously, within the State a policy that allows the capacity to be self-sufficient (autarchy) must be defined. Demographic pressure urges Germany and Japan to increase their vital space by necessity, in contrast with the great space availability in the old and new colonial powers; thus, a smart foreign policy in Germany should search for an alliance with Japan —without disregarding one with Russia—. Centrifugal tendencies in Germany are associated to different vital space experiences in its component parts that make some of its leaders underestimate the territorial losses occurred in the wake of the First World War. Geopolitics must be, above all, a tool to construct an effective foreign policy that must be transmitted onto the people in order to secure the construction of the State.

**Key words:** Germany; vital space; sense of space; Third Reich; foreign alliances.

---

\* (Nota de la redacción) El texto original, “Geographische Grundzüge auswärtige Politik”, fue publicado en el número 9 *Ein Katechismus deutscher Politik* [Un catecismo de la política alemana] de la revista *Süddeutsche Monatshefte*, Múnich, enero de 1927, págs. 258-261. Marina Díaz ha realizado la traducción al castellano, cotejando la misma con la traducción francesa del mismo, “Les bases géographiques de la politique étrangère” aparecida en Karl Haushofer: *De la géopolitique*, París, Fayard, 1986, 203-210.

## Os fundamentos geográficos da política externa

### RESUMO

A política externa está vinculada ao espaço vital do Estado, no qual este se desenvolveu, e é o seu primeiro dever mantê-lo e, se possível, ampliá-lo. Ao mesmo tempo, no interior do Estado é preciso definir uma política que preserve a capacidade de bastar-se em si mesmo (autarquia). A pressão demográfica na Alemanha e no Japão leva necessariamente esses Estados a aumentar seu espaço vital, em contraste com a grande disponibilidade de espaço das velhas e novas potências coloniais; por esse motivo, uma política externa alemã inteligente deveria buscar uma aliança com o Japão – sem descartar outra com a Rússia. As tendências centrífugas na Alemanha estão associadas a diferentes experiências de espaço vital em suas partes componentes, que fazem alguns de seus líderes menosprezarem as perdas territoriais ocorridas após a Primeira Guerra Mundial. A geopolítica deve ser, antes de tudo, uma ferramenta para construir uma política externa eficaz, que deve ser transmitida ao povo de modo a fortalecer a construção do Estado.

**Palavras-chave:** Alemanha; espaço vital; sentido do espaço; Terceiro Reich; alianças externas.

### REFERENCIA NORMALIZADA

Haushofer, Karl (2012) “Los fundamentos geográficos de la política exterior”. *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder*, vol. 3, núm. 2, 329-336.

Si en el laberinto de la política exterior buscamos fundamentos, líneas directrices, vías que no parezcan exclusivamente determinadas por el arbitrio humano, sino que remitan a una disposición natural accesible a la investigación científica o conforme a la naturaleza —vías que, a la larga, sea rentable perseguir firmemente hacia un objetivo seguro, que sería nefasto abandonar, porque la ley busca su venganza—, encontramos como fundamento para toda discusión sobre política exterior el “espacio vital” (*Lebensraum*), en el cual ha crecido el cuerpo de un pueblo que quiere mantener y mejorar su vida a través de una política exterior inteligente. Es el deber de esta política exterior velar por este espacio vital y conservarlo al menos tal y como lo han heredado generaciones pasadas, expandirlo cuando resulte demasiado limitado, sin poner la existencia del pueblo en peligro de muerte, un peligro inevitable que hay que afrontar con todas las fuerzas necesarias para asegurar la supervivencia de la población.

Al interior del espacio vital, al sumergirnos en él por entero, al desarrollar todos sus recursos, podremos crear la base para el desarrollo máximo de la cultura (*Kultur-entwicklung*); puesto que solamente una vez que se pruebe que “el área cultural” (*Kulturboden*)<sup>1</sup> no puede soportar una mayor densidad de población sin riesgo para

---

<sup>1</sup> (Nota de la Trad.) Rössler explica esta expresión y otras asociadas: “El principal concepto geográfico usado en estas instituciones fue *Volks und Kulturbodentheorie*, la teoría de los pueblos y su territorio cultural, concepto que habían desarrollado importantes geógrafos durante los años 1920 y que hacía referencia a tres ámbitos:

el entorno, después de una campaña inteligente en la opinión pública mundial, el derecho a expandirse os será acordado, aunque con bastante disgusto, como ocurrió finalmente en el caso de Japón e Italia.

En el sentido más estricto del término, el deber de una política, que tiene como objetivo el mantenimiento de su poder en el mundo, es el de preservar al interior de su “ámbito cultural” (*Kulturkreis*) —o al menos de su “país cultural (*Kulturland*)— su libertad frente a las arbitrariedades extranjeras y, en estrecha relación con esto, mantener su independencia frente a la economía extranjera; independencia que viene garantizada de forma segura por la capacidad de bastarse a sí mismo, al menos en caso de necesidad (autarquía) y la entrega garantizada sólo de excedentes a la economía mundial, como bien saben China y los Estados Unidos.

Solo dos de entre los “pueblos civilizados” (*Kulturvolker*) pueden probar de manera incontestable, a juzgar por la densidad de sus poblaciones y la explotación de su espacio vital, que éste, del que se ha sacado máximo partido, es demasiado limitado y no puede alimentar a las masas que en él se concentran. Estos son Alemania en la Europa central o continental y Japón en el Asia oriental. Italia trata de rivalizar utilizando métodos de la política japonesa, pero si tenemos en cuenta la superficie de sus territorios africanos no desarrollados, queda muy por detrás de los dos países citados.

Solamente Alemania y Japón deben albergar, alimentar y vestir a más de 130 habitantes por kilómetro cuadrado. Pero Alemania debe llevar a cabo estas tareas en Europa del norte, al norte de los Alpes, donde por término medio el suelo no posee en ninguna parte más de 100 habitantes por km<sup>2</sup> (la relación en Baviera o Bohemia entre la densidad de la población y el espacio vital), mientras que Sajonia tiene más de 330, los países renanos más de 200, las zonas rurales de la cuenca del Ruhr más de 800 y las regiones industriales propiamente dichas naturalmente muchos, muchos más. El imperio insular del Asia oriental se ha expandido en dirección a los trópicos. Las lluvias regulares y abundantes hacen que su fértil suelo volcánico proporcione hasta tres cosechas al año. Un desarrollo costero de 41.600 km le permite nutrirse en buena medida del mar y desarrollar su comercio y su industria de manera insospechada gracias a la libre circulación del tráfico marítimo.

En contraste con estas proporciones, los habitantes de los viejos pueblos coloniales se distribuyen, en cuanto ellos se desarrollen por el espacio que poseen —cosa

---

1) El Reich germánico, entendido como Estado dentro de unas fronteras.

2) El territorio de la etnia germana o *Volksboden*, que comprendía un área más amplia poblada por germanos.

3) El área cultural germánica o *Kulturboden*, ámbito en el cual los germanos extienden su influencia cultural en el sentido más amplio” (Metchild Rossler: “Los planes secretos de los nazis sobre Europa Oriental: geografía y planificación regional en el Tercer Reich”, *Documents d’Analisi Geografica*, 23, 1993, pp. 80).

que hay que hacer si queremos ser justos—, de 9 a 25 habitantes por km<sup>2</sup>. Es el caso del imperio colonial belga, británico, francés, neerlandés, para los Estados Unidos y para el territorio de los Soviets.

¿Acaso caemos en la cuenta de la incomprensión inevitable que encuentra la indispensable política exterior de pueblos limitados en su territorio frente a pueblos que disfrutaban de grandes espacios, hartos de espacio y ávidos de espacio como es el caso de, por ejemplo, Australia?

La falta de espacio se convierte en algo todavía más sofocante cuando comparamos los países pudientes con los países pobres, y cuando la comparación de las riquezas del subsuelo, la climatología, las precipitaciones regulares en momentos favorables para la cobertura vegetal, la fertilidad debida a suelos privilegiados, etc., se hace en detrimento del pueblo cuya población amontonada en un espacio angosto, del “pueblo sin espacio” (*Volks ohne Raum*)<sup>2</sup>, al que se le ha robado la posibilidad de respirar.

Del mismo modo, para el pueblo y la formación de Estados, la situación, el espacio y las fronteras se convierten en puntos de partida esenciales en la política exterior. Podemos comprenderlas a partir de conocimientos geográfico-políticos. Cada uno puede adquirir el conocimiento y derivar de él los fundamentos seguros para juzgar las necesidades de la política exterior.

\* \* \*

Es precisamente la situación de su espacio vital lo que se ha convertido en el destino de Alemania. Allí predominan tres grandes espacios que dan a los pueblos que han crecido en ellos tres concepciones de la política exterior muy diversas. Las vemos aparecer constantemente entre los alemanes y los hombres de Estado alemanes, sin importar si son hijos de la gran llanura de la Alemania del norte y hacen la guerra en el Rin y en los Alpes, o si son cancilleres nacidos en el Rin y emplean en Prusia y en Austria medios que —siendo excelentes en Renania— poseen un ritmo demasiado discontinuo para el Este, o si como hijos de las tierras del Danubio no comprenden nada de las cuestiones vitales del Vístula. El hecho de que estos tres grandes espacios, la vasta planicie del norte de Alemania, los países renanos y los países danubianos desplieguen dinámicas centrífugas con respecto a los otros representa una inmensa dificultad para el éxito de la política exterior alemana.

Resulta paradójico en el destino alemán que fuera un sueco, Rudolf Kjellén, quien representara por primera vez de manera concisa el problema de los tres ríos y

---

<sup>2</sup> Hans Grimm: *Pueblo sin espacio*, Múnich, Edición A. Langen, 1926. Relato muy interesante de la Alemania “sin espacio”. Cf. en el número de diciembre de *Süddeutsche Monatshefte* “El porvenir alemán”, pág. 245 y ss.

su repercusión sobre la Europa continental. Cuando estamos dentro del bosque, los árboles nos impiden ver el mismo.

Sin embargo, hay algunos que en una época de saturación aparente a finales de siglo, reconocieron el peligro y avisaron a aquellos cuya ignorancia del peligro ha enturbiado el reflejo de la composición de nuestro pueblo en la visión de la política exterior de nuestro Parlamento. Fue Ziegler quien dejó la impresión, en esa época, de que el Imperio alemán en sus fronteras actuales era flor de un día. No podía, sostenía él, más que crecer hasta que hubiera alcanzado sus fronteras naturales, o bien desaparecer hasta que se haya retirado de nuevo al interior de otras. Este fue su destino, anunciado en los días más felices. Ni los alemanes del norte, ni los renanos, ni los alemanes del sur, aquellos del Danubio, comprendieron plenamente en aquel momento los peligros que residían en el carácter centrífugo de sus concepciones del espacio —cualquiera que fuera el estímulo de la posibilidad máxima del desarrollo de sus culturas que residía en esa diferenciación—.

Pero quien ha recorrido “el área cultural y el territorio étnico” (*Kultur- und Volksboden*) alemán en todas las direcciones, desde las montañas al mar, de Oeste a Este, observa con inquietud que los alemanes, a pesar de tener un Estado aparentemente centralista, no se han unido más, sino que el distanciamiento entre unos y otros se ha acrecentado.

De este modo, ha sido poco comprendida en el norte y en el sureste la presión que la punta de Weißenburg, convertida de nuevo en latina, ejerce sobre el suroeste. En el norte no hemos compartido la inquietud ante el peligro que supone para todo el pueblo bávaro el avance de los latinos más allá del paso del Brennero; ni se ha valorado debidamente en el Rin, o en el Danubio, el amargo dolor de la partida de la parte más oriental de Prusia, alrededor de la brecha del Vístula.

\* \* \*

Los valores basados en la situación y en el espacio no tienen un carácter permanente en política exterior, cambian constantemente. Nacen nuevas vías de comunicación, se producen rápidas oleadas demográficas. Así, en el último decenio del siglo X, ha habido un cambio en el valor del espacio en el Extremo Oriente que Alemania podría haber utilizado para romper su cerco. Podría haber reconquistado la libertad de movimiento de la que le habían privado una política exterior británica superior y una tenaz política exterior francesa. El mismo peligro, procedente del interior de las mismas potencias, se cernía sobre Alemania y Japón, incluso si la amenaza para el imperio insular del este procedía de más lejos con mayor longitud de palanca. En Japón se reconoció el peligro a tiempo. Guiado por un instinto del espacio más seguro, Japón buscó constantemente acercarse a Alemania, velando sin duda por no “perder la cara” al preservar en la acción común la perfecta igualdad de derechos, con el fin de evitar el peligro a largo plazo. Sin embargo, nuestros círculos dirigentes, aquellos que definen la política exterior, no reconocieron el cambio acaecido de

forma súbita en la dinámica de la política exterior del Este, que creó allí una potencia que, por un determinado espacio de tiempo, estuvo obligada a perseguir objetivos parecidos a los nuestros. Cuando llegó la hora crítica de tomar decisiones rápidas antes de nuestra intervención derivada del Tratado de Shimonoseki (1895) y cuando el imperio insular creyó primero tener en contra a Rusia y Francia, existió un plan para luchar contra estas dos potencias. Indochina se convirtió en el objetivo de la ofensiva japonesa, ya que como reconocía una memoria de Kodama, este país excedentario en producción de arroz carecía de medios para defenderse. Para gran sorpresa de Japón, sin ninguna razón, Alemania se puso del lado de Rusia y Francia, recibiendo en 1914 el agradecimiento por ello. Si esta colonia del Sudeste asiático se hubiera convertido entonces en colonia japonesa, éste no se habría encontrado entre nuestros enemigos en 1914. Ahí está una de las pruebas tangibles de la importancia de una estimación exacta de los valores fundados sobre el espacio y la situación para asociar un pueblo a su política exterior, y el apoyo que recibe quien es responsable de esta política.

No hemos comprendido tampoco qué gran medio de educación habría podido ser nuestro antiguo Imperio del Pacífico meridional: habría podido abrir nuestro espíritu a vastos espacios y a los océanos y completar de este modo nuestro pensamiento demasiado continental, nórdico, reducido, centrado alrededor de Europa. Como ningún otro enclave del mundo, ha enseñado desgraciadamente a un número demasiado reducido de alemanes (mercaderes, funcionarios de la administración, marineros, etc.) a pensar “en términos continentales”. Y al perderlo, hemos perdido a escala global una verdadera escuela de enseñanza de una concepción amplia de la política exterior, a la escala mundial que hemos perdido, sin que nos hayamos jamás servido de ella.

A nuestro pueblo le ha faltado la preparación geopolítica necesaria para reconocer nuestra situación de debilidad en política exterior. Este reconocimiento de la situación —que hemos alcanzado en algunos ambientes sólo durante la guerra y que ha desaparecido totalmente— ha de ser elaborado sobre nuevos fundamentos. Para este objetivo hacen falta grandes ideas, aunque simples, a disposición del pueblo. La más grande de todas ellas es la siguiente: hacer comprender la necesidad de proteger y expandir un espacio vital que no permite a los hombres, incluso a los más activos, trabajar suficientemente y cuya exigüidad obliga a dos de cada tres a estar desempleados, precisamente los “veinte millones de más” que Clemenceau nos reprocha y que, sin embargo, no están decididos a morir de hambre.

\* \* \*

Afortunadamente no estamos solos en nuestros esfuerzos por obtener la libre disposición de nosotros mismos, la libertad de gobernarnos según nuestras propias normas en nuestro espacio vital, o al menos de circular libremente por los espacios de

la tierra inutilizados y ricos en reservas; tres quintos de la humanidad poseen el mismo horizonte.

Los esfuerzos de una política exterior a largo plazo nos indican que debemos buscar con ellos los caminos que conducen a la libertad o, al menos, como antaño hicieran Canning y Palmerston, ejercer sobre los detentadores del poder y los poseedores de espacio en la actualidad, al entrar en contacto con ellos, una presión tal que los lazos que nos atan se aflojen.

Nuestros ayudantes en esta empresa son los adversarios de nuestros enemigos; los encontramos, —y no en último lugar— en el Extremo Oriente, en el movimiento panasiático en pleno desarrollo también en Japón, cuya mano hemos rechazado en más de una ocasión. También es útil la cooperación inteligente con las necesidades espaciales del pueblo ruso, cualquiera que sea el régimen, soviético o de otra naturaleza, ya que las características fundamentales y necesarias de la política exterior permanecen<sup>3</sup>.

La situación parece aún más grave y más razones tiene un pueblo para pensar en términos planetarios sin considerar falsos prejuicios raciales en tal encrucijada, pues el sentimiento racial es en primer lugar un deber, y luego, solamente en el mejor de los casos, una pretensión que el individuo o el pueblo puede elevar al exterior.

Pero es la geopolítica la que ante todo debe crear la herramienta de una política exterior fructífera, que ha de despertar un enorme eco en el pueblo al completo, para que nazcan las fuerzas que la llevarán a cabo. En este terreno, a pesar de la existencia de espíritus eminentes entre nosotros, hemos estado volcados al exterior, hacia países de lengua inglesa, francesa y japonesa, creando allí más escuela que en nuestro propio país; siendo los británicos y franceses muy superiores a nosotros a partir de finales de siglo. Ellos han educado en estrategia geopolítica tanto a los ejecutores de su política exterior como a las masas que debían de darles en las elecciones el número de votos necesarios. Desde 1901 a 1904 los expertos en geopolítica franceses e ingleses (Chéradame y Mackinder) han indicado en sus obras —las cuales deberían haber llamado nuestra atención— las líneas directrices a seguir para desarticular a las Grandes Potencias de la Europa continental.

Los trabajos de esta naturaleza, que han tenido una gran repercusión entre las masas, han sido inexistentes en el medio alemán. No hemos sido capaces de explicarle al obrero alemán que la falta de espacio estaba detrás de la mayoría de los males que sufría. Ha permanecido alejado de imágenes transformadoras como la esbozada en “Pueblo sin Espacio”. En su lugar, le hemos llevado por las vías secundarias y mezquinas de una concepción materialista de la historia.

Hoy más que nunca hace falta trabajar en esta dirección, partir de fundamentos incontestables de la ciencia más rigurosa y avanzar hasta que el saber se convierta

---

<sup>3</sup> Cf. Sobre este tema Karl Haushofer: “El despertar de Asia”, *Süddeutsche Monatshefte*, noviembre 1926.

en poder, y que el poder se convierta en querer: voluntad unánime de equilibrio sobre la forma de vida al interior, de potencia como base de todo derecho hacia el exterior. El autor de la máxima "*Quisquis tantum juris habet, quantum potentia valet*"<sup>4</sup> no es un imperialista, ¡sino Spinoza!

En materia de política exterior necesitamos una fina caja de resonancia, un cuerpo sano que respalde a un líder responsable que, con una oposición inteligente y que le ayude, sin darse cuenta puede hacer más que con una mayoría otorgada por sus partidarios, ya que éstos le presionan para ir mucho más lejos de lo que él quiere, por caminos tomados ocasionalmente.

Solamente de este modo podemos alcanzar la unidad de visión sobre las necesidades primordiales de la política exterior, unidad que exige la antigua sabiduría hereditaria de la Iglesia católica.

Si no conseguimos hacer este trabajo preliminar, esta propedéutica de la política exterior, hacer comprender a las masas la geopolítica; la política exterior con todos sus grandes sueños seguirá siendo una idea, no se convertirá en una realidad. Debemos, nosotros mismos, en esta Europa continental con todo su impulso fáustico, aprender a poner el Estado no sobre el papel, sino sobre un suelo sólido, tal y como lo ha hecho la naturaleza: en el espacio vital del pueblo alemán, sobre el escenario en el que debemos interpretar, que debemos conocer con todas sus trampas y perfidias, pero también con sus posibilidades de salida, sus perspectivas y efectos lejanos, para que allí se edifique, con la ayuda de Dios, por tercera y definitiva vez la nueva construcción del Estado alemán, para que nazca sobre "el territorio étnico y el área cultural" (*Volks- und Kulturboden*) ¡el Tercer Reich!

---

<sup>4</sup> (Nota de la Trad.) "Se tienen tantos derechos como fuerza se posee".